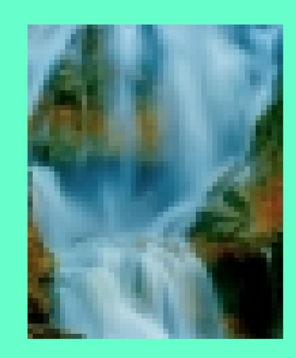


No sé. El caso es que dejó de jugar con el agua, trotó por entre las violetas, y se acercó al magnolio. Antes de llegar se paró. Volvió su cabeza y miró a los lados, para asegurarse de que nadie lo veía, y se aproximó a las ramas bajas del árbol. Lo estaba viendo yo y él no lo sabía. Y yo lo miraba interesado porque, Sinombre, esta mañana, estaba que apetecía verlo: hermoso como un juguete y mimoso y garboso como un rey. Y vi que alargó su cuello y con su nariz olisqueó la flor que la rama mecía al viento. La que estaba más a su alcance. Y la flor tembló empujada por el cálido alientecillo que salía de su nariz. Creí que al rozarla él se iba a deshacer cual helado bajo el sol y no fue así. La flor blanca del Magnolio Grande siguió en su tallo abierta a la luz de la mañana y, Sinombre, de nuevo la acarició con su hocico. ¿Se la quería comer? Sus intenciones parecían esas.

SINOMBRE Y YO -II

UN DÍA POR EL EDÉN AZUL

José Gómez Muñoz